

operaciones, procesos que antes tomaban horas de trabajo manual y que ahora se realizan con sólo mover una palanca, métodos absolutamente nuevos que se creían imposibles, como ajustar y soldar los 95 tubos del cuerpo del radiador sin intervención ninguna del hombre por medio de una máquina que produce dos de esos cuerpos cada minuto, todo esto y mucho más le deja frío cuando no lleno de desdén. A mí, en cambio, quizá por demasiada ingenuidad, estas cosas me entusiasman más que los versucos y las retóricas del trópico.

Don Juan se duele de que en vez de escribir yo unas cuantas páginas austeras (reprobatorias será mejor llamarlas) me haya contentado con citar hechos y observaciones que él había leído ya en otra parte. Confieso que cometí un error no manifestando de antemano que mis informes iban destinados a los lectores poco instruidos en el movimiento industrial moderno y no a él que está al cabo de todas estas cosas y sabe hasta el nombre de la calle de Detroit donde se encuentra el hospital de la fábrica de Ford. Así tal vez le hubiera ahorrado el laboriosísimo cotejo que tanto espacio ocupa en esta nueva producción de su pluma. Y a propósito de hospital, bueno es también recordar que si yo lo traje a cuento fué para hacer ver que Ford estaba cubierto de las censuras de Don Juan del Camino contra el filantropismo de los millonarios norteamericanos. Trabajo perdido. Don Juan la emprende ahora contra Ford por no hacer exactamente aquello por que antes lo criticaba y nos lo pinta como un tacaño de durísimas entrañas que pretexta desconfianza en la capacidad administrativa de los promotores de la empresa benéfica para evitarse contribuir a su sostenimiento. Ante tal adversario conocedor aún de los más íntimos repliegues del corazón del magnate de Dearborn, no queda más que darse por vencido y abandonar al pobre Henry Ford a su suerte.

Hay sin embargo un argumento, el único que asoma la cabeza por entre la maraña de casi tres páginas de tipo pequeño y nutrido, que merece contestarse. «El obrero invierte su salario en hospital y fotingos. El poder adquisitivo del salario mínimo fordizado reside en que compra lo que Ford produce. De esta manera se genera un torrente de oro que apenas se bifurca en apariencia del torrente impulsado por Ford.» En cuanto a lo primero, salta a la vista que los operarios de Ford no están en peores condiciones que los de las demás fábricas del mundo, sino que por el contrario, debido a la condición sanitaria de la fábrica y a sus buenos jornales, corren menos riesgo de enfermar y que aún en caso de enfermedad siempre pueden aprovecharse de las facilidades y de los precios módicos de un hospital que a otros costaría demasiado caro. Al argumento de los fotingos ha contestado ya un profesor ilustre de economía de la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París, insospechable de excesiva complacencia con el sistema de la fordización del cual por el contrario ha puntualizado no pocos peligros. André Siegfried en su libro

INDICE

Legenda aut acquirenda



Dr. José Germain: <i>Pruebas de Inteligencia</i>	€ 7.50
N. Ognew: <i>Costia Riabsev en la Universidad</i>	4.00
J. Plejanov: <i>Anarquismo y Socialismo</i> ...	3.00
N. K. Krupskaja: <i>Lenin (Recuerdos)</i>	3.75
Eugenio d' Ors: <i>Cuando ya esté tranquilo</i>	4.00
Luis López de Mesa: <i>Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia</i> ...	5.00
Victor Pradera: <i>Al servicio de la Patria</i>	3.50
Máximo Hernández: <i>El héroe del ridículo (Novela)</i>	3.50
M. de Burgos y Mazo: <i>Al servicio de la doctrina constitucional</i>	3.50
Q. Saldaña: <i>Al servicio de la justicia</i>	3.50
Alicio Garcitoral: <i>La ruta de Marcelino Domingo (Ensayos)</i>	3.50
Landelino Moreno: <i>Historia de las relaciones interestatales de Centroamerica</i>	14.00
Augusto Messer: <i>El realismo crítico</i>	2.50
Pedro E. Pico: <i>La novia de los forasteros (Comedia en 3 actos)</i>	3.59
Eugenio d'Ors: <i>Europa</i>	3.50
Armando Chirveches: <i>La Virgen del Lago</i>	3.50
Arturo Vázquez Cey: <i>El ángelico asesino</i>	4.00
Luis L. Franco: <i>Nuevo Mundo</i>	4.00
Fernando Santiván: <i>El crisol (Novela)</i> ...	4.00
Fernando Santiván: <i>Robles, Blume & Co. (Novela)</i>	4.00
Rafael Maluenda: <i>La cantinera de las trenzas rubias (Novela)</i>	3.00

15 novelas completas, a 0,25 cada una:

W. Scott: <i>El enano negro</i>	
Mayne Reid: <i>La reina de los lagos</i>	
Paul Feval: <i>La fábrica de crímenes</i>	
Ainsworth: <i>El bandido de Londres</i>	
Mark Twain: <i>El disco de la muerte</i>	
E. Sienkiewicz: <i>Bartek el victorioso</i>	
O. Goldsmith: <i>El vicario de Wakefield</i> ...	
A. Daudet: <i>Tartarín en los Alpes</i>	
Gmo. Hautt: <i>El amo del desierto</i>	
P. Merimee: <i>Colomba</i>	
Félix Urabayen: <i>La última cigüeña</i>	
Ivan Bunin: <i>Las tribulaciones de Tifón Illich</i>	
B. de Saint Pierre: <i>Pablo y Virginia</i>	
Dostoievski: <i>Pobre gente</i>	
Un testigo: <i>Las hazañas del EMDEN</i>	

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

Les Etats Unis d'Aujourd'hui, considerado el mejor de cuantos se han escrito sobre este país por extranjeros, desde Tocqueville a nuestros días, escribe lo siguiente: «No hay nada malo en reducir el costo de producción por medio de la estandarización, ni en transferir al obrero en la forma de aumento de jornales parte de la economía hecha y recobrarla luego vendiéndole mercancía. Este es un ciclo completo y saludable, siempre que el país viva independientemente de sus propios recursos. La idea es tan clara como el cristal y es sin duda por esto que se acepta con tanto entusiasmo. Si uno trabaja sobre la base de unos cuantos artículos y un número ilimitado de consumidores, el menor progreso paga automáticamente, como se sabe. En los talleres de Ford, v. g., la más mínima economía da resultados tangibles».

No hay necesidad de decir que el autor de las *Estampas*, llevado de la antipatía que le causa el industrialismo americano,

no perdona ocasión de satirizar al fabricante de Detroit, y a mí de rechazo. Pasaré por alto, en obsequio a la brevedad, aquello de que la escuela técnica de Ford no es un centro de investigaciones pedagógicas y de que si el millonario cambió el modelo de su automóvil no fué por aventura sino por negocio, para no referirme más que a las burlas de Don Juan sobre la Nave de la Paz. Como se ve, Don Juan saca a relucir textos viejos, aunque por otro lado me hace cargo a mí de exhumar páginas de propaganda fordista. No que yo encuentre mal que él se divierta de la murria de Cartago riéndose de la quijotada del Peace Boat. Yo también me reí a su tiempo de ella, y recuerdo que recién llegado a Boston tuve la fortuna de oírsele contar a uno de los periodistas que acompañaron al pacificador. La gente de todos estos Estados Unidos, ingenuos y todo como son, se divirtió entonces de lo lindo y aún los entusiastas encomiadores del «mass production» apreciaron de lleno la comicidad del asunto. A estas horas el mismo protagonista debe reírse allá en sus adentros de la locura que hizo al salirse de su especialidad. Los chistes acerca de su persona y peculiaridades se han vuelto proverbiales y de tan llevados y traídos ya apenas si nos hacen sonreír. A mí me encanta, sin embargo, ver a Don Juan riendo de tan buena gana de estas viejas historias. No parece sino que él hubiera entendido al pie de la letra el adagio francés: «rira bien qui rira le dernier». La risa, de todas suertes, es cosa buena y el mejor desopilante que se conoce para el hígado enfermo. Ríase pues todo lo que quiera y descuídese respecto a mí, que no es fácil que Ford ni nadie me tome de compañero de esta clase de aventuras. Creo que la única barca en que tomaría pasaje es la de Las Ilusiones Perdidas del melancólico suizo Gleyre, o tal vez la Nef des Fous que cantó e ilustró con deliciosos grabados el alsaciano Sebastien Brand. Mis hábitos sedentarios y mi desencanto de las cosas me retienen en mi retiro de donde con filosófica tranquilidad veo pasar la farándula humana y en medio de ella, confundido con los dogmatizadores del odio, al propio Henry Ford.

No poco divertimento en efecto saco yo de verle a él, que ha contribuido más que nadie en el mundo a matar las viejas industrias tan bellas, tan plácidas y tan amables, y a inaugurar esta era en que la cantidad prima sobre la calidad, recorriendo de cabo a rabo el país en busca de antigüedades para su colección. Esta contradicción de su espíritu infantil, esta inconsecuencia que se nota a cada paso en la vida de un pueblo joven y como tal lleno de fuerza y de ingenua confianza en el porvenir, estas ironías deliciosas, aunque algo tristes a veces, de la vida moderna, me hacen reír tanto o más que los cuentos ya bastante añejos de la Nave de la Paz.

Mario Sancho

Boston, 7 de febrero de 1930.